

## Ángeles contra querubines

ERACLIO ZEPEDA

Desde que llegamos al sitio previsto me llamó poderosamente la atención la vista de un personaje singular: era un hombre viejo, de enormes bigotes canos y una cabellera firme cuidadosamente peinada, muy blanca también. Estaba sentado en cuclillas, las rodillas más arriba que su cabeza, formando una M limpiamente. Jugaba con el sombrero entre sus piernas y tenía, lodo él, una aura pertinaz de amarrador de gallos peleadores. La concentración estaba formada por campesinos venidos de toda aquella geografía de nopales y mezquites donde la tuna pone el único color posible. Viejas tierras criste-ras donde la guerra fue cruel y devastadora. Había silencio cuando entramos. El rumor empezó a crecer y se escucharon algunos tímidos gritos de convocadores. Yo no quité mis ojos de aquel noble personaje descubierto. Mientras caminaba hacia el sitio indicado, con el rabillo del ojo vi cómo el viejo se desdoblaba, se edificaba hacia arriba, disparando su estatura que ahora el sombrero coronaba. Porque el viejo no se levantó de su antigua posición de cuclillas: el viejo creció como una torre que camina.

Advertí que venía directo hacia mí. Me detuve y le di el frente. Se acercó muy serio, con dignidad acumulada desde siempre.

-¿Es usted Eraclio Zepeda? -Me preguntó.

-Para servirle...

-Lo estaba buscando. Soy el coronel

Nájera...

El viejo se quedó callado. Parecía que trataba de recordar, pausadamente, lo que quería decirme. Para romper el silencio le pregunté:

-Perdóneme coronel, durante la guerra, en qué lugar estuvo usted peleando...

El viejo me vio con ojos turbios, pero nobles, donde la edad había fondeado en forma definitiva.

-Andaba peleando equivocadito -me contestó- y de eso es lo que quiero hablar Eraclio...

-Me tomó de un brazo y me llevó a un extremo del salón donde la reunión iba a celebrarse.

-El asunto es éste, Eraclio -dijo con voz pausada, sonora, muy distinta al tono con que me había hablado al principio de nuestro encuentro-. Quería decirle algunas cosas que he venido pensando en mi soledad. Lo primero es que el turco Calles, el que fue presidente, fue tan diablo que nos puso a pelear a ustedes y a nosotros por asuntos del cielo, para que no nos pusiéramos de acuerdo en la tierra y para que la reforma agraria no se cumpliera. Y ahí nos fuimos, a lo burro, los pobres de esta tierra divididos en dos bandos en una puta guerra de ángeles contra santos, arcángeles contra querubines, desterrando vírgenes de arriba y de abajo en una multitud que todavía sueña por las noches y me despierto sudando. Mucho duró la guerra y muchos fueron los incendios, los ahorcados, los fusilados, la destrucción. Y lo peor de todo es que fue entre nosotros, entre ustedes y nosotros, que podríamos haber tenido muchas diferencias pero que éramos dueños de algo por igual: la pobreza.

El viejo sacó un pañuelo colorado, enorme, y se secó la cara como si hubiera acabado de salir del sueño que estaba recordando. Me miró a los ojos y ahora sus pupilas no estaban turbias sino que eran claras, sarcas, como un pequeño manantial arriba de la torre.

Lo peor de todo, Eraclio -continuó- es que a veces ustedes y nosotros coincidíamos en las cárceles.

Porque el turco sólo a ustedes y a nosotros nos perseguía: cristeros y comunistas éramos cazados por todo el país.

Me acuerdo un día aquí en México, creo que fue en la cárcel de Belén. Me llevaron preso y sangrando. Al abrir el calabozo el gendarme pegó un grito anunciándome: "Ahí les va un criste-ro". Y el único habitante del calabozo era un compañero de usted, un escritor que muchos quieren, y yo también, que vivió después muchos años, y cuando él hablaba se rascaba el pecho como buscando el corazón. Se llamaba Juan de la Cabada. Pero como oyó que el que llegaba era un cristero, no-más pujó un jum y me dio la espalda.

Y yo vi que él también sangraba de la cabeza. Ahí pasamos la noche, con dolor y con hambre, y también sin hablarnos ni una palabra. Y éramos los únicos madreos en aquella oscuridad. Pero ni los golpes nos unirían aquella noche. Han pasado muchos años Eraclio, muchas lluvias, bueno no tantas como quisiéramos, pero algo de agua pasó bajo los puentes. Yo ya estoy cansado y posiblemente estos sean mis últimos galopes sobre el llano. La verdad lo único que quiero es encontrar y ver a mi señor Dios y a mi padre que me lo mataron cuando yo tenía 11 años. Pero los días que me quedan en este Valle, que luego dicen de lágrimas, quiero dedicarlos a seguir construyendo esta casa nueva que vamos parando ustedes y nosotros, en estas reuniones que se están haciendo. Esta nueva casa que con las manos de nosotros y con las manos de ustedes y de muchos más van hacerle crecer las paredes que tanto vamos queriendo.

Y de eso es, Eraclio, que quería decirle en esta primera y tal vez última conversa que tengamos: ahora, que tanto he visto y tanto he amontonado, y tanto he olvidado porque era conveniente olvidar, me doy cuenta que hemos perdido mucho tiempo por andar caminando solos. Que ahora que caminemos juntos debemos apresurar el paso a los caballos y terminar de construir la casa que nos une. Porque la verdad Eraclio, entre ustedes y nosotros no hay más diferencia que la otra vida. Lo cual quiere decir que estamos unidos hasta la muerte.

Hasta la muerte mi coronel, hasta la muerte, le dije con la voz un poco quebrada.